

CAPÍTULO XII

POUR PARLER

— ¿Sueña? — preguntó la baronesa.

— Sin duda — contestó Margarita.

El brigadier se vió obligado á desistir del gusto de estrechar entre las suyas la preciosa mano de la señora de Góngora, porque el niño no soltaba la mano de su madre. En cambio encontró la de la baronesa, tan dispuesta á dar como á recibir un apretón mutuo, confidencial, íntimo.

Antes de sentarse, dijo:

— Perdonen ustedes mi indiscreción. Temo que mi presencia haya interrumpido...

— No — se apresuró á decir la baronesa, — no hablábamos de ningún asunto secreto... Yo distraía á Margarita contándole las raras perfecciones que adornan á..., no sé su nombre, y es que generalmente se la entiende por la hija del Americano.

— ¡Oh! — exclamó el brigadier con cierto énfasis. — La hija del Americano es ciertamente un prodigio.

— Según la baronesa — añadió Margarita, — es un portento de hermosura.

— Esa es la fama de que goza, pero me parece que no podría resistir ciertas comparaciones.

Al decir esto, el brigadier miró de reojo á la baronesa, y no debió ocultársele la satisfacción interior con que las había escuchado.

Margarita mecía suavemente sobre sus rodillas al niño dormido, y tenía en él fijos los ojos.

— No quiero decir — añadió — que carezca del mérito que se le atribuye. Creo simplemente que su celebridad consiste en la originalidad del tipo, en su excesiva juventud, y, sobre todo, en la impetuosidad de su carácter, y aun me atreveré á decir en su audacia... Es, en cierto modo, una novedad, y los hombres, al fin, aun los más serios, somos tan impresionables como las mujeres.

— Así es — advirtió la baronesa — que está haciendo furor.

No he oído hablar de ella hasta ahora — dijo Margarita — ó por lo menos no lo recuerdo.

— Porque tú, querida mía — replicó la baronesa, — apenas vives en el mundo.

— Después de todo — indicó el brigadier, — el mundo, bien considerado, no ofrece más que desengaños... Los placeres con que nos seduce no son más que fugitivas alucinaciones. Y por lo que hace á la fama de la bella hija del Americano, no pasa de ciertos círculos... Se habla de ella más por referencia que con pleno conocimiento de causa. La estrecha situación en que la ha dejado la ruina de su casa la obliga á hacer una vida obscura, poco á propósito para llamar la atención del mundo. Á pesar de su rara hermosura, tengo para mí que sería una mujer ignorada si el ruido del pleito que intenta contra Valle-alegre no hubiera sacado á relucir sus encantos.

— ¿Usted la conoce? — preguntó Margarita.

— Sí, señora, la conozco; y en verdad que descubre bien pronto ese exterior distinguido que revela siempre una educación esmerada. Ahora que son tan frecuentes y tan fáciles los destronamientos, bien pudiera tomarse á la hija del Americano por una princesa proscrita.

— Sí — afirmó la baronesa, — no se le puede negar que

posee..., ¿cómo diré yo?.. ¡Esta lengua española es tan pobre!.. Vamos, me explicaré diciendo que tiene el *savoir faire* de buen tono.

Sonrióse imperceptiblemente Margarita al oír la locución francesa de que se había valido su amiga, y ella siguió diciendo de este modo:

– Ello es que *hace furor* á pesar de su humilde *toilette*. No le falta genio y hará fortuna.

– ¿Cómo? – preguntó Margarita.

– Ya ves, querida mía; esa niña, dotada con tantas perfecciones, conocerá su atractivo y aspirará á un partido ventajoso.

– No participo de ese parecer – replicó César.

– ¿No? – dijo la baronesa, dando á su voz todo el acento meloso de una niña mimada.

– No – añadió el brigadier.

– ¿Por qué? – preguntó Margarita.

– Porque en ese caso, tal vez lo habría ya conseguido. No se puede decir de ella que es una loca que despide á la fortuna que llama á su puerta; pero es algo extravagante en el modo de ver y en el modo de sentir. Yo sé de un partido ventajoso que ha pretendido su mano, obteniendo al fin una respuesta que merece mencionarse.

– ¡*Nouvelle!*.. – exclamó la baronesa. – Veamos.

– El mismo interesado lo cuenta – dijo el brigadier, – yo lo he oído de sus labios. Parece que él, no encontrando ocasión de hablarla, se tomó la libertad de escribirle, haciendo en substancia dos inventarios; uno que contenía la relación de los encantos que á ella la adornan, y otro expresando los varios millones que su padre atesora. La respuesta fué poco más ó menos como sigue: «Todas las perfecciones que usted en mí encuentra no valen ni la quinta parte de las riquezas que usted disfruta; es claro que en este punto voy ganando el quinientos por ciento. Es indu-

dablemente un negocio fabuloso, mas hay en mi corazón un tesoro que no tiene precio. Todos los millones del mundo reunidos no serían bastantes para comprarlo.»

– Si es auténtico, no deja de ser curioso ese documento.

– Es auténtico – contestó el brigadier á la baronesa, – y ahora debo añadir que el pretendiente, tan terminantemente desahuciado, no carece de prendas personales que lo hacen aceptable.

– Es orgullosa – dijo Margarita.

– A lo menos, señora, parece que tiene el orgullo de sus sentimientos. Con este dato creo que se puede afirmar que no aspira á hacer un matrimonio ventajoso.

– Tiene mucho *chic* esa extravagancia. ¡Qué excéntrica!

– Para algunas gentes demasiado positivas – siguió diciendo el brigadier, – semejante proceder se hace incomprendible, y hay quien ha fraguado ya la novela de una pasión misteriosa.

– ¡A los diez y siete años! – exclamó la baronesa.

– A los diez y siete años no es ciertamente la edad en que se experimentan las grandes pasiones, mas se nos quiere hacer creer que la hija del Americano no es una mujer como las demás mujeres.

– Una pasión – dijo Margarita – no es una cosa inconcebible, lo que á mí me choca es que sea una pasión misteriosa.

– Acaso – añadió la baronesa – sea una pasión culpable.

– ¡Ah! – exclamó Margarita. – ¿Por qué se la calumnia?

– *Pardonez*, querida mía – se apresuró á decir la baronesa, – no son más que conjeturas; y á pesar de tu benevolencia *enragé*, no me negarás que es bastante frágil la naturaleza humana.

– En realidad – añadió el brigadier, – la especie no

puede ser más vaga. Se supone que ha concebido una pasión profunda... ¿Por quién?.. Se ignora... He dicho el misterio.

— Puede ser también — dijo la baronesa — una pasión sin esperanza... ¿No es posible?

— ¡Phs!.. — contestó el brigadier encogiéndose de hombros.

— Yo aseguro á ustedes que no encuentro ni fundamento ni pretexto á suposición ninguna.

Pronunció Margarita estas palabras con cierta violencia, como si hubiese querido cerrar de golpe la puerta de aquella conversación que la baronesa había suscitado.

— Esa es la verdad — afirmó César; — viéndola con la mirada atenta del hombre observador, se advierte en los rasgos dominantes de su fisonomía meridional y en el fuego de sus ojos, que es muy capaz de sentir la explosión de una pasión extraordinaria, y más aún de inspirarla, y esto no es ciertamente ni una razón ni un pretexto para suponer ni que la ha sentido ni que la ha inspirado. En lo que realmente tiene ella puestos sus cinco sentidos es en el pleito, que parece próximo á entablarse contra Valle-alegre. Es una lucha en que la hermosura desafía á la fortuna; y por de pronto ella ha sabido dividir los ánimos. No estamos en Atenas; si no, Góngora podía apelar al recurso dramático que allí obtiene un éxito completo. Estoy seguro de que aquí también lo obtendría.

— Cuente usted eso; Margarita lo oirá con gusto. Y quién sabe si de nuestro *petit comité* saldrá algún rayo de luz. Luis nos lo agradecería en el alma, estoy segura de ello.

— Se trata — dijo el brigadier — de una mujer de la antigua Atenas, acusada de no sé qué delito; el defensor desconfió, por lo visto, de su elocuencia, é hizo comparecer á la acusada cubierta con un velo impenetrable. Agotó todos

los recursos del arte para hacer patente su inocencia, sin conseguir ablandar el corazón de los jueces. Cansado de tantos esfuerzos, exclamó: «La naturaleza, más elocuente que mis palabras, va á hablar en su defensa,» y arrancó de pronto el velo que cubría á la acusada, añadiendo: «Decid si tanta hermosura puede ser culpable.» Un murmullo de admiración resonó al verla, y los jueces, conmovidos, la absolvieron. Góngora puede decir lo mismo: «¿Es posible que tanta hermosura no tenga derecho á la riquezas que perdió su padre antes de morir?..»

— Cierto — añadió la baronesa, — y después *tableau*.

Visiblemente para Margarita esta conversación era enfadosa, y no ocurriéndosele otra con que sustituirla, se resignaba á guardar silencio. Visiblemente he dicho, y no lo sería tanto cuando la baronesa ni el brigadier reparaban en ello, puesto que continuaban hablando del mismo asunto, y si lo hubiesen advertido, es de presumir que habrían mudado de conversación. ¿Qué interés podían tener en hablar de ese asunto más que de otro cualquiera?.. Sin duda alguna la celebridad de la hija del americano era una de las novedades de aquellos días, y hasta la misma Margarita se sentiría atraída hacia aquella mujer original, que, como diría la baronesa, producía sensación. ¿Por qué había de causarle enojo oír hablar de ella?

— Ello es — dijo la baronesa — que esa preciosa criatura tiene medio revuelto el mundo.

— ¡Ya! — exclamó la señora de Góngora. — La pintan ustedes como un ser extraordinario, y todos tenemos siempre la imaginación dispuesta á aumentar en algo todo lo que se nos presenta con algún aspecto de maravilla.

— No diré yo, señora — añadió el brigadier, — que la hija del Americano sea, como usted dice, un ser extraordinario, y aun me inclino á creer que pertenece á la innumerable especie de los simples mortales; no obstante, puede te-

nerse por un ser original, y aún yo considero que es una mujer temible.

— Temible... — repitió Margarita.

— Por de pronto es el *pour parler* de estos momentos; y es raro, querida mía, que el hurón de tu marido no te haya puesto al corriente de esta novedad. ¿No te ha hablado nunca de la hija del Americano?

— Nunca — contestó Margarita.

— Eso es imperdonable, *¡grand Dieu!* ¿En qué piensa ese hombre?

— Luis — contestó Margarita bajando los ojos — no piensa más que en los asuntos de su bufete.

— Pero, hija mía — repitió la impertinente baronesa, — ¿no tiene ojos en la cara?..

Nada contestó Margarita á esta pregunta, y el brigadier dijo:

— Por regla general, las mujeres bellas reclaman para sí el derecho de llamar la atención sobre todas las cosas. No conciben que un hombre pueda verlas sin reparar en que son hermosas. No hay para ellas preocupación que pueda substraer el ánimo del hombre de esa admiración que decididamente quieren imponer. Perdonen ustedes la sinceridad de mis palabras; pero me inclino á creer que lo primero que hay en el mundo para una mujer hermosa, es que ella es hermosa. Fuera de esto, todo es subalterno. No desconozco la importancia que la belleza tiene en el mundo; mas no siempre nos hemos de quedar todos con la boca abierta ante la primera mujer que se considere con más ó menos títulos á ejercer el imperio de la hermosura.

Aquí se detuvo como si no hubiese querido decir tanto; mas se encontró con una sonrisa de asentimiento que Margarita le dirigía, y siguió diciendo:

— Pues bien; Góngora trata á la hija del Americano con la intimidad con que se tratan los abogados y los clien-

tes; la ve con frecuencia y, no obstante, preocupado con los graves asuntos de su profesión, y principalmente con el pleito de que tanto se habla, no ha tenido, digámoslo así, tiempo para reparar en la originalidad del carácter y en la novedad de la belleza de esa criatura, que, como dice la baronesa, tiene medio revuelto al mundo. He ahí por qué no ha hablado en la intimidad de su casa de la hija del Americano. Acaso él mismo ignora que en estos momentos es una celebridad su bella cliente. ¿Es esto, por ventura, inverosímil?

Movió la baronesa la cabeza con aire de incredulidad, y el brigadier, dirigiéndose á ella, le dijo:

— Señora, Góngora no es un pisaverde que vaya á formar coro con los que en estos días se han dedicado á ensalzar las raras perfecciones de la hija del Americano. ¿Por qué ha de ser indispensable que participe de la admiración que en los demas causa? Es, en efecto, una mujer bella, insinuante..., ciertamente encantadora; mas es preciso convenir en que un abogado no es un poeta que todo lo canta, ni un artista que todo lo admira.

— ¡Error lamentable! — exclamó la baronesa. — Luis es poeta, es artista... Aquí está esta bella madre añadió — señalando á Margarita, — que da testimonio de ello. Para convencerme de lo contrario, sería necesario un *tour de force* imposible.

Margarita bajó los ojos, y el brigadier se apresuró á decir:

— La observación es irreprochable, y ella explica la indiferencia con que Góngora mira los encantos de la hija del Americano. Se comprende perfectamente que no le cause admiración ninguna, señora — añadió inclinándose hacia Margarita; — no hay competencia posible.

— Sí — dijo Margarita besando á su hijo. — Yo también tuve alguna vez mis pretensiones de belleza y alcancé tam-

bién mi celebridad, y ahora conozco que no hay nada más fugitivo que la hermosura; y desgraciada la mujer que sólo cuenta con ella para fijar la inconstancia del corazón humano.

Diciendo esto se puso de pie y pasó á una habitación contigua, donde había una cama que todavía era cuna, en la que acostó á Serafín, que seguía profundamente dormido.

En cuanto la baronesa se vió libre de la presencia de Margarita, se abandonó á los naturales impulsos de su *coquetería*. Miró al brigadier con toda la dulzura que le fué posible; después bajó los ojos como si de esta manera quisiera ocultarle la emoción, digámoslo así, que experimentaba; luego los levantó al cielo, es decir al techo, hasta ponerlos en blanco, y exhaló un suspiro.

Había puesto en juego los principales recursos de la coquetería sentimental, sin que este ataque de flanco abriera brecha practicable en el impertérrito brigadier, que se defendía admirablemente haciéndose el sueco, y de seguro riéndose interiormente de todas aquellas evoluciones inútiles.

Debía reirse, porque, si bien se mira, no hay nada más risible que una niña de cincuenta años, y la baronesa los tenía muy bien cumplidos. Y no era esto solo, sino que hacía algunos años que había empezado á engordar, y una mujer entrada á la vez en años y en carnes, puede permitírsele todo menos las coqueterías sentimentales.

En honor de la verdad, la baronesa poseía un repertorio completo; y viendo la ineficacia de las primeras tentativas, cambió de sistema. Retuvo dos lágrimas que estuvieron á punto de brillar en sus párpados, y miró al brigadier con arrogancia, alzando la cabeza, para desarrugar los contornos de la garganta que, quieras que no quieras, empezaban á plegarse; además colocó la mano sobre el brazo de



MARGARITA PERMANECÍA JUNTO Á LA CUNA DE SU HIJO

la butaca, haciendo destacar su redondez poco artística, mas luciendo en cambio la blancura de que estaba dotada; al mismo tiempo hizo un movimiento estratégico, por medio del que asomó discretamente, sobre la alfombra, la punta del pie, y digo discretamente, porque siguiendo el delineamiento general de la persona, podía colegirse que el pie de la baronesa había de ser más *zopenco* que gracioso. Todo esto iba acompañado de una sonrisa medio tierna, medio burlona.

El brigadier observó atentamente esta segunda maniobra, repeliendo la fuerza de la seducción con toda la fuerza de su indiferencia; mas temió el tercer ataque, el más temible, en razón á que á la baronesa ya no le quedaba más recurso que romper el fuego de la palabra, fuego á media voz y á quemarropa, que no se hallaba dispuesto á sostener, y ya iba á emprender una prudente retirada, cuando se oyó en la sala donde jugaban al tresillo la voz del barón, cuyo acento no hubo de ser muy agradable para la baronesa, pues hizo un gesto que evidentemente quería decir: ¡«Oh, qué fastidio!..»

Entre tanto, Margarita permanecía junto á la cuna de su hijo, porque, al acostarlo, Serafín se había despertado, y rodeando con los brazos el cuello de su madre, la tenía sujeta sin dejarla apartarse. En esta actitud volvió á dormirse, pero siempre que Margarita intentaba desasirse de los brazos del niño, volvía á despertarse y á oprimirla con más fuerza.

Dos veces consiguió desprenderse de aquellos débiles brazos que tan fuertemente la asían, y dos veces tuvo que volver junto á la cuna, porque Serafín, sin acabar de despertarse, gemía en cuanto su madre se apartaba de la cuna.

—Vamos, hijo mío — le dijo dulcemente, — duérmete.

—No te vayas — murmuró el niño sin abrir los ojos.

—¿Tienes miedo? — le preguntó su madre.

— Sí — le contestó.

— ¿De qué, hijo mío?..

Serafín, medio dormido, atrajo hacia sí la cabeza de su madre, la besó y le dijo:

— De ti.

A punto estuvo Margarita de reirse del inocente destino de su hijo; pero se contuvo sin saber por qué, y volvió á sentarse junto á la cuna de su hijo.

CAPÍTULO XIII

SOMBRAS

Cualquiera que sea la importancia que el lector dé á la conversación que hemos oído en el anterior capítulo, yo, fiel narrador de estos verídicos sucesos, no les debo ocultar que causó en Margarita una impresión que participaba á la vez de duda, de inquietud y de curiosidad. Por de pronto, la imagen de la hija del Americano se había grabado tenazmente en su imaginación con colores tan vivos, que en vano intentaba con juiciosas reflexiones disminuir los fantásticos atractivos con que su propio pensamiento se la representaba.

Cerraba los ojos de su imaginación para substraerse al esplendor de aquella imagen que la deslumbraba, y al mismo tiempo los abría de par en par, movida por aquella curiosidad invencible. Quería alejar de ella su pensamiento, y el pensamiento daba una vuelta y volvía á buscarla; no la miraba, pero la veía; inútilmente le volvía la espalda, porque la imagen aparecía de nuevo delante de sus ojos; podía creer que se complacía en perseguirla.

Por uno de esos contrastes que la luz suele ofrecernos, la claridad con que Margarita veía reflejarse la singular belleza de la hija del americano llenaba de sombras su entendimiento; fuera de los relámpagos con que aquella belleza, hasta entonces ignorada, iluminaba sus ojos, todo era para ella obscuridad.